

podieran competir con las de los grandes autores paganos, y cuando se hizo imposible para él aceptar una posición inferior, nació la necesidad política de perseguir y anular el saber profano. Á ella se debió la persecución de los platónicos y de los valentinianos. Fueron acusados de magismo y aun condenados á muerte. La profesión de filósofo llegó á ser peligrosa; era un crimen de Estado. En cambio se desarrolló la pasión por lo maravilloso, el espíritu de superstición. Los grandes hombres que en Egipto habían formado su inmortal Museo, fueron substituídos por turbas de monjes solitarios y de reclusas vírgenes.



### CAPÍTULO III

#### Conflicto sobre la doctrina de la unidad de Dios. —Primera Reforma ó Reforma del Mediodía.

Los egipcios insisten en la introducción del culto de la Virgen María.— Son combatidos por Nestorio, patriarca de Constantinopla; mas por su influencia con el Emperador obtienen el destierro de Nestorio y la dispersión de sus secuaces.

Preludio de la Reforma del Mediodía.—Ataque de los Persas; su efecto moral.

Reforma arábiga.—Relaciones de Mahoma con los nestorianos. Adopta y extiende sus principios, rechazando el culto de la Virgen, la doctrina de la Trinidad y todo lo que es opuesto á la unidad de Dios.— Extingue por la fuerza la idolatría en Arabia y se previene á hacer la guerra al imperio romano.— Sus sucesores conquistan la Siria, el Egipto, el Asia Menor, el Norte de África, la España é invaden la Francia.

Como resultado de este conflicto, la doctrina de la unidad de Dios se establece en la mayor parte del imperio romano.— Se restaura el cultivo de las ciencias y el cristianismo pierde muchas de sus más ilustres capitales, como Alejandria, Cartago, y sobre todas Jerusalem.

La política de la corte bizantina había dado al primitivo cristianismo una forma pagana, la qual se había extendido por todos los pueblos idólatras que constituían el imperio. Se había verificado una amalgama de los dos partidos: el cristianismo había modificado al paganismo y éste al cristianismo. Los confines del imperio romano eran los límites de esta religión adulterada.

Al mismo tiempo que esta gran extensión, adquirió el partido cristiano influencia política y riquezas, y una

parte no pequeña de las vastas rentas públicas se deslizaba en los tesoros de la Iglesia. Como sucede en tales casos, hubo muchos pretendientes al botín, hombres que bajo la máscara del celo por la fe predominante, pensaban tan sólo en los placeres que sus emolumentos podían proporcionarles.

En tiempo de los primeros emperadores alcanzó la conquista su apogeo; el imperio estaba completo y había pasado la época de la vida militar, de las empresas guerreras y del saqueo de las provincias. Ante los ambiciosos se abría, empero, otra senda: otros horizontes se presentaban; una carrera afortunada en la Iglesia conducía á resultados dignos de compararse con los que en días anteriores se obtenían en el ejército.

Las historias de aquel tiempo, tanto eclesiásticas como políticas, se extienden mucho al referir las luchas que por la supremacía sostuvieron entre sí los obispos de las tres grandes ciudades metropolitanas, Constantinopla, Alejandría y Roma. Constantinopla fundaba sus pretensiones en el hecho de ser la ciudad imperial existente: Alejandría aducía su posición literaria y comercial; Roma, sus recuerdos. El patriarca de Constantinopla luchaba con desventaja, por hallarse no sólo bajo la vigilancia del Emperador, sino muy al alcance de su mano, lo cual tuvo ocasión de experimentar con frecuencia. La distancia daba seguridad á los obispos de Alejandría y de Roma.

Las disputas religiosas del Oriente consistían por lo general en diversidad de opiniones respecto de la naturaleza y atributos de Dios; versaban en el Occidente sobre las relaciones y la vida del hombre. Esta particularidad se ha manifestado de un modo notable en las transformaciones que el cristianismo ha sufrido en Asia y Europa respectivamente. Por esta causa, en el tiempo á que hacemos referencia, todas las provincias orientales del imperio romano mostraban una completa anarquía intelectual; hubo violentas querellas sobre la Trinidad, la esencia de Dios, la posición del Hijo, la naturaleza del Espíritu Santo y las influencias de la Virgen María. Los triunfantes clamores, ora de una secta, ora de otra, se

confirmaban con milagros á veces, y á veces con efusión de sangre. Jamás se pensó en destruir las opiniones rivales por un examen lógico; todos los partidos convenían, sin embargo, en que la impostura de la antigua y clásica forma de la fe pagana se había demostrado por la facilidad con que se derrumbó. Los triunfantes eclesiásticos proclamaban que las imágenes de los dioses no habían sido capaces de defenderse cuando llegó la hora de prueba.

Las ideas politeístas han sido siempre simpáticas á las razas meridionales de Europa; las monoteístas, á las semíticas. Tal vez, como indica un autor moderno, es esto debido á que un panorama de valles y montañas, de islas, ríos y golfos, predispone al hombre á creer en una multitud de divinidades. Un vasto desierto de arena, el Oceano ilimitado, llevan consigo la idea de un solo Dios.

Razones políticas habían hecho que los emperadores mirasen con benevolencia la mezcla del cristianismo y el paganismo, y sin duda por este medio se abatió algún tanto la rivalidad entre los dos antagonistas. El cielo del popular, del elegante cristianismo, era el antiguo Olimpo, despojado de las venerables divinidades griegas. En él, sobre un gran trono blanco, se sentaban Dios Padre, á su derecha el Hijo y luego la bendita Virgen, envuelta en vestiduras de oro y «cubierta con varios adornos femeniles»; á la izquierda se sentaba el Dios Espíritu Santo. Rodeando estos tronos había legiones de ángeles con arpas. El vasto espacio que se extiende detrás estaba cubierto de mesas en las que los espíritus de los bienaventurados gozaban de un banquete eterno.

Si las personas iliteratas, satisfechas con la descripción de esta felicidad, jamás se preocupaban por saber cómo se habían llevado á cabo los detalles de semejante cielo, ni trataban de averiguar qué placer puede obtenerse en la languidez de esta eternidad inmutable, de esta perpetua escena, no ocurría lo mismo á las personas inteligentes. Como veremos pronto, algunos elevados eclesiásticos rechazaron con horror estas concepciones carnales y rogaron, alzando sus voces de protesta en vindi-

cación de los atributos del Omnipotente, del Dios Todopoderoso.

Iba teniendo lugar en todas partes la paganización de la religión, y vino á ser de gran interés para los obispos amoldarse á las ideas que de tiempo inmemorial prevalecían en la comunidad á su cargo. Los egipcios habían impuesto á la Iglesia sus opiniones particulares sobre la Trinidad, y en esta época se hallaban resueltos á resucitar el culto de Isis bajo otra forma; la adoración de la Virgen María.

Sucedió, pues, que Nestorio, obispo de Antioquía, que participaba de las ideas de Teodoro de Mopsuesta, fué llamado por el emperador Teodosio el Joven, para ocupar el episcopado de Constantinopla (427). Nestorio rechazaba el bajo antropomorfismo vulgar, considerándolo blasfemo, y se representaba en cambio una divinidad temible, eterna, que llena el universo y sin ninguno de los aspectos ó atributos del hombre. Nestorio estaba profundamente imbuído en las doctrinas de Aristóteles é intentó coordinarlas con los que consideraba dogmas ortodoxos cristianos. Entre él y Cirilo, obispo ó patriarca de Alejandría, se levantó con tal motivo una querrela. Cirilo representaba el partido pagano del cristianismo, y Nestorio el partido filosófico de la Iglesia; este Cirilo era el asesino de Hipatia y estaba decidido á que se estableciese el culto de la Virgen María como madre de Dios; Nestorio á su vez estaba decidido á combatirlo. En un sermón predicado en la iglesia metropolitana de Constantinopla, vindicó los atributos del Dios eterno Todopoderoso. «¿Y puede este Dios tener una madre?» exclamó. En otros escritos y sermones estableció con más precisión sus ideas: la Virgen debía considerarse, no como madre de Dios, sino como madre de la parte humana de Cristo, siendo esta parte tan distinta esencialmente de la divina, como puede serlo un templo de la deidad que contiene.

Instigados los monjes de Constantinopla por los de Alejandría, tomaron las armas en defensa de «la Madre de Dios». La querrela subió á tal punto, que el Emperador se vió obligado á convocar un concilio, que se reunió

en Efeso. Mientras tanto, había Cirilo sobornado por algunas libras de oro al jefe de los eunucos de la corte imperial, alcanzando por tal medio la influencia de la hermana del Emperador. «La santa virgen de la corte del cielo halló así un aliado de su propio sexo en la santa virgen de la corte del Emperador». Cirilo acudió prestamente al concilio, acompañado por una turba de hombres y mujeres de la clase más baja de la sociedad. Se apoderó en seguida de la presidencia, y en medio del tumulto leyó el edicto del Emperador antes de que pudieran llegar los obispos de Siria; un solo día bastó para completar su triunfo; todos los ofrecimientos de Nestorio para procurar un arreglo fueron desechados; no se leyeron sus explicaciones y fué condenado sin oírsele. Los sacerdotes de Siria celebraron á su llegada una reunión para protestar; un motin muy sangriento que se verificó en la catedral de San Juan fué la consecuencia. Nestorio, abandonado por la corte y desterrado á un oasis de Egipto, fué atormentado por sus perseguidores con cuantos medios tuvieron á mano durante toda su vida; á su muerte vociferaron que «¡su lengua blasfema había sido comida de gusanos, y que de los ardores de un desierto egipcio había escapado para caer en los mayores tormentos del infierno!»

La caída y castigo de Nestorio no habían destruído sin embargo sus opiniones; él y sus partidarios insistían en la recta deducción del último versículo del primer capítulo de San Mateo y del quincuagésimoquinto y sexto del décimotercero del mismo Evangelio, y no podían llegar á reconocer la perpetua virginidad de la nueva reina del cielo. Sus tendencias filosóficas se manifestaron pronto por sus acciones. Mientras su jefe estaba atormentado en el oasis africano, muchos discípulos emigraron al Eufrates y establecieron la Iglesia caldea; bajo sus auspicios, se fundó el colegio de Edessa; del de Nínive salieron aquellos doctores que extendieron las doctrinas de Nestorio por la Siria, la Arabia, la India, la Tartaria, la China y Egipto. Los nestorianos adoptaban por supuesto la filosofía de Aristóteles y tradujeron las obras de este gran escritor al siríaco y al persa; hicieron tam-

bién traducciones semejantes de obras posteriores, como las de Plinio. En unión con los judíos, fundaron el Colegio de Medicina de Djondesabour; á tal extremo diseminaron sus misioneros en el Asia la forma nestoriana del cristianismo, que sus adoradores llegaron á sobrepujar á todos los cristianos europeos de las Iglesias romana y griega reunidas; debe notarse particularmente que tenían un obispo en Arabia.

Las disensiones entre Constantinopla y Alejandría habían llenado, pues, de sectarios toda el Asia occidental; feroces en sus contiendas, alimentaban muchos de ellos un odio terrible contra el poder imperial por las persecuciones que les había impuesto. Una revolución religiosa que afectó al mundo entero, y cuyas consecuencias experimentamos todavía, fué el resultado.

Obtendremos una idea clara de este gran suceso, si consideramos separadamente los dos actos en que puede descomponerse: 1.º La caída temporal de la cristiandad asiática, ocasionada por los persas. 2.º La reforma decisiva y final bajo los árabes.

1. Sucedió en el año de 590, que por una de esas revoluciones tan frecuentes en las cortes orientales, Cosroes, heredero por la ley del trono de Persia, se vió obligado á refugiarse en el imperio bizantino y á implorar la ayuda del emperador Mauricio; fuéle ésta concedida alegremente, y una breve y feliz campaña colocó á Cosroes en el trono de sus mayores.

Pero la gloria de esta generosa campaña no preservó al mismo Mauricio. Un motín estalló en el ejército romano capitaneado por el centurión Focas; las estatuas del Emperador fueron derribadas, y el patriarca de Constantinopla declaró haberse penetrado de la ortodoxia de Focas y lo declaró emperador. El infortunado Mauricio fué arrancado del santuario en que había buscado asilo, y sus cinco hijos fueron decapitados á su vista, sufriendo él á poco la misma suerte. La Emperatriz fué sacada con engaño de la iglesia de Santa Sofía, sometida al tormento y decapitada con sus tres jóvenes hijas. Los adeptos de la familia asesinada fueron perseguidos con ferocidad; arrancaron á unos los ojos, á otros la lengua, cortaron á éstos

los pies y las manos, apalearon á esotros hasta morir, y algunos fueron quemados.

Cuando llegaron á Roma estas noticias, recibiólas el papa Gregorio con regocijo, y rogó para que la mano de Focas fuera fortalecida contra todos sus enemigos; como recompensa de este servicio, fué agraciado con el título de Obispo Universal. Es indudable que las causas que hicieron obrar de esta suerte á Gregorio y al patriarca de Constantinopla, eran que Mauricio estaba tachado de tendencias hacia el magismo, al que había sido inducido por los persas; el populacho de Constantinopla, al perseguirlo por las calles, lo había calificado de marcionita, secta que creía en la doctrina maga de los dos principios opuestos.

Con sentimientos bien distintos oyó Cosroes la muerte de su amigo. Focas le había enviado las cabezas de Mauricio y de sus hijos; el rey persa apartó con horror la vista de este terrible espectáculo y se alistó con presteza para vengar por la guerra las injurias causadas á su bienhechor.

El exarca de Africa, Heraclio, uno de los primeros oficiales del Estado, recibió también con indignación las horribles noticias y no quiso sufrir que la púrpura imperial fuese usurpada por un oscuro centurión de aspecto repugnante. «Era Focas pequeño, deforme, barbilampión; tenía las cejas espesas y unidas por la frente; el pelo rojo y las mejillas desfiguradas y descoloridas por una formidable cicatriz; ignorante en las letras, en las leyes y aun en las armas, sus cualidades consistían en la lujuria y la embriaguez». Al principio, Heraclio le rehusó obediencia y tributo; luego, obligado por la edad y los achaques, confió á su hijo, que se llamaba como él, la peligrosa empresa de la defensa. Un próspero viaje desde Cartago colocó pronto al joven Heraclio enfrente de Constantinopla. El clero inconstante, el Senado y el pueblo de la ciudad se le unieron, y el usurpador fué preso en su palacio y decapitado.

Pero la revolución que había tenido lugar en Constantinopla no detuvo los movimientos del rey persa; sus sacerdotes magos le habían anunciado que obrase indepen-

dientemente de los griegos, cuya superstición declaraban que se apartaba de toda verdad y de toda justicia. Cosroes, por lo tanto, cruzó el Eufrates; su ejército fué acogido con alegría por los sectarios de la Siria y en todas partes estallaron insurrecciones en su favor. Rindiéronse sucesivamente Antioquía, Cesarea y Damasco; Jerusalem fué tomada por asalto; el sepulcro de Cristo, las iglesias de Constantino y Elena fueron entregadas á las llamas; la cruz del Salvador fué llevada como trofeo á la Persia; las iglesias fueron despojadas de sus riquezas, y las sagradas reliquias, reunidas por la superstición, fueron dispersadas. Siguió á esto la invasión del Egipto, su conquista y su anexión al imperio persa; el patriarca de Alejandría se salvó, fugándose á Chipre; la costa africana hasta Trípoli quedó dominada. Al Norte, el Asia Menor fué sometida, y durante diez años las fuerzas persas acamparon en las orillas del Bósforo frente á Constantinopla.

Heraclio, en su extremidad, solicitó la paz. «Nunca concederé la paz al Emperador de Roma», replicó el altivo persa, «hasta que haya abjurado de su Dios crucificado y abrazado el culto del Sol». Tras largo tiempo se obtuvieron, sin embargo, condiciones de paz, y el imperio romano pudo rescatarse al precio «de mil talentos de oro, mil talentos de plata, mil trajes de seda, mil caballos y mil vírgenes».

Pero Heraclio accedió únicamente por un momento. Halló medios, no solo de restablecer sus asuntos, sino de tomar la ofensiva contra el imperio persa, y las operaciones que llevó á cabo para obtener este resultado fueron dignas de los mejores tiempos de Roma.

Aunque el imperio romano recobró por este medio su nombre militar, volviendo á ganar su territorio, sin embargo, había perdido algo irremisiblemente. La fe religiosa nunca pudo restaurarse. A la faz del universo había el magismo insultado al cristianismo, profanando sus lugares más sagrados, Bethlehem, Gethsemani, el Calvario; quemando el sepulcro de Cristo, saqueando y destruyendo las iglesias, arrojando al viento preciadas reliquias y llevándose entre burlas y risas el Santo Madero.

Los milagros habían abundado otras veces en la Siria, el Egipto y el Asia Menor, y no había iglesia que no tuviese un largo catálogo de ellos; muy á menudo se verificaban en ocasiones sin importancia y en casos insignificantes; pero en los momentos supremos, cuando su ayuda se necesitaba con más urgencia, ni uno solo se obraba siquiera.

Asombráronse los pueblos cristianos del Oriente cuando vieron que los sacrilegios que cometían los persas eran seguidos de la más completa impunidad. Ni se deshicieron los cielos, ni abrió la tierra sus abismos, ni brilló en el firmamento la espada del Todopoderoso, ni se repitió la suerte de Senacherib. En la tierra de los milagros, al asombro siguió la consternación y la consternación degeneró en la duda.

2. Terrible fué sin disputa la conquista persa, y sin embargo hay que considerarla sólo como el prelude del gran acontecimiento, cuya historia tenemos que narrar ahora: la revolución del Mediodía contra el cristianismo. Sus consecuencias fueron la pérdida de los nueve décimos de sus posesiones geográficas: el Asia, el África y parte de la Europa.

En el verano del año 581 de la era cristiana llegó á Bozrah, ciudad situada en los confines de la Siria, al Sur de Damasco, una caravana de camellos. Venía de la Meca y estaba cargada con los ricos productos de la Arabia Meridional ó Arabia Feliz. El conductor de la caravana, un tal Abu Taléb y su sobrino, muchacho de doce años, fueron recibidos hospitalaria y generosamente en el convento nestoriano de la ciudad.

Pronto supieron los monjes del convento que su joven huésped, Halibí ó Mohamed, era sobrino del guardián de la Caaba ó templo sagrado de los árabes. Uno de ellos, llamado Bahira, no omitió trabajo alguno para obtener su conversión de la idolatría en que se encontraba; halló en el muchacho, no sólo inteligencia precoz, sino un ávido deseo de aprender, especialmente sobre asuntos religiosos.

En el país de Mohamed, en la Meca, era el principal objeto de adoración una piedra negra meteórica colocada

en la Caaba, con otros trescientos sesenta ídolos subordinados que, según entonces se creía, representaban los días del año.

En este tiempo, como hemos visto, la Iglesia cristiana, por la ambición y maldad de su clero, había caído en un estado de anarquía; se habían celebrado varios concilios con distintos pretextos y cuyos móviles reales estaban ocultos. Demasiado á menudo hubo escenas violentas, sobornos y corrupción. En el Occidente eran tales las intrigas que para conseguir las riquezas, el lujo y el poder presentaban los episcopados, que la elección de un obispo era frecuentemente motivo de terribles asesinatos. En el Oriente, á consecuencia de la política de Constantinopla, se hallaba la Iglesia desgarrada por los cismas y las disputas. Entre la muchedumbre de combatientes, pueden mencionarse los arrianos, los basilidianos, los carpocratistas, los coliridianos, los eutiquianos, los gnósticos, los jacobitas, los marcionitas, los marionitas, los nestorianos, los sabelianos, los valentinianos... De éstos, los marionitas consideraban la Trinidad como compuesta de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Virgen María; los coliridianos adoraban á la Virgen como una divinidad y le ofrecían pasteles por sacrificio; los nestorianos, según hemos visto, negaban que Dios hubiese tenido «una madre» y se enorgullecían de ser los herederos, los poseedores de la ciencia de la antigua Grecia.

Pero, aunque irreconciliables en materias de fe, convenían todas estas sectas en un punto: en odiarse y perseguirse ferozmente unas á otras. La Arabia, tierra libre no conquistada, que se extiende del Oceano Índico al Desierto de Siria, dió á todas ellas refugio, según les era próspera ó adversa la fortuna; así había sucedido desde tiempos antiguos. Allí se habían reunido un gran número de judíos, escapados de Palestina después de la conquista romana; allí se retiró San Pablo inmediatamente después de su conversión, según dijo á los Galatas. Los desiertos se hallaban sembrados de anacoretas cristianos, que habían hecho muchos prosélitos entre las principales tribus arábigas y edificado iglesias en todo el territorio. Los príncipes cristianos de Abisinia, que eran nesto-

rianos, dominaban el Yemen, provincia meridional de la Arabia.

El monje Bahira del convento de Bozrah, enseñó á Mahoma los dogmas de los nestorianos, y en su compañía aprendió el joven árabe la historia de sus persecuciones. Estas revelaciones engendraron en él un odio grande hacia las prácticas idólatras de la Iglesia oriental y aun hacia toda idolatría, por cuya razón, en su maravillosa carrera nunca hablaba de Jesús como del Hijo de Dios, sino siempre como de «Jesús, el hijo de María». Su alma inculta, pero activa, no dejó de impresionarse profundamente, no solo por las ideas religiosas de sus preceptores, sino también por las filosóficas, pues éstos se jactaban de ser los representantes vivos de la ciencia aristotélica.

Su carrera posterior demuestra cuán por completo se habían posesionado de él sus pensamientos religiosos, y repetidas acciones manifiestan la adhesión que les tenía. Su propia vida fué consagrada á la propagación y difusión de sus doctrinas teológicas; una vez eficazmente establecida, sus sucesores extendieron y adoptaron enérgicamente sus opiniones científicas, que eran aristotélicas.

Siendo Mahoma ya hombre, hizo otras expediciones á Siria, y podemos tal vez suponer que ni el convento ni sus hospitalarios habitantes fueron olvidados; tenía una reverencia misteriosa por aquel país. Una rica viuda de la Meca, Cadiya, que le había encomendado el manejo de su comercio con la Siria, prendóse de su capacidad y honradez, tanto como de su persona: pues era Mahoma de singular hermosura varonil y de maneras agradables y distinguidas. El corazón de las mujeres es el mismo en todas edades y en todos países: por mediación de una esclava hizo saber á Mahoma lo que pasaba en su corazón, y durante los veinticuatro años que vivió después de este suceso, fué Mahoma su marido fiel. En un país en que existía la poligamia, nunca la ofendió con la presencia de una rival. Muchos años más tarde, en el cúmulo de su poder, le decía Aiscia, una de las más hermosas mujeres de la Arabia: «¿No era vieja? ¿No os dió Dios en mí una esposa mejor?» «No por Dios», exclamó Mahoma, con un

arranque de noble gratitud: «Nunca hubo otra mejor. Ella me creyó cuando los hombres me despreciaban, y vino á mí cuando estaba pobre y perseguido por el mundo.»

Su casamiento con Cadiya lo colocaba en una posición desahogada y le permitía dedicarse á sus meditaciones religiosas, por las que tanta inclinación sentía. Sucedió que su primo Waraca, que era judío, se convirtió al cristianismo, siendo el primero que tradujo la Biblia al árabe; las conversaciones que con él tuvo aferraron más á Mahoma en su odio á la idolatría.

Siguiendo el ejemplo de los anacoretas cristianos refugiados en sus ermitas del desierto, se retiró Mahoma á una gruta del Monte Hera, á pocas millas de la Meca, entregándose á la meditación y al rezo. En esta reclusión, contemplando los imponentes atributos del Dios Eterno y Omnipotente, interrogó á su conciencia para saber si debía adoptar los dogmas sustentados por la cristiandad asiática respecto á la Trinidad, á la filiación de Jesús como engendrado por el Altísimo y al carácter de María, á un tiempo virgen, madre y reina del cielo, sin incurrir en pecado y peligro de blasfemia.

De su meditación solitaria en la cueva, dedujo Mahoma que, á través de la nube de dogmas y contiendas que le rodeaba, se percibía una gran verdad: la unidad de Dios. Apoyado en el tronco de una palma, desarrolló sus ideas sobre este asunto ante sus vecinos y amigos, y les anunció que dedicaría su vida á la predicación de esta verdad. Una y otra vez en sus sermones del Corán declara: «No soy más que un predicador público... predico la unidad de Dios.» Tal era el concepto que él mismo tenía de su pretendido apostolado; desde esta fecha, hasta el día de su muerte, llevó en el dedo un anillo de sello, en el que estaba grabado: «Mahoma, enviado de Dios.»

Es bien sabido entre los médicos que el ayuno prolongado y la ansiedad mental producen inevitablemente alucinaciones. Tal vez no ha habido jamás un sistema religioso que no haya sido introducido por hombres que pretendían obedecer á tentaciones y mandatos sobrenaturales. Voces misteriosas animaban al predicador árabe á persistir en su determinación; sombras de formas ex-

trañas pasaban ante él; oía en el aire como el sonido de una campana distante. En un sueño nocturno, fué transportado por Gabriel, de la Meca á Jerusalem, y de aquí sucesivamente á través de los seis cielos; en el séptimo, no se atrevió á entrar el ángel, y Mahoma, solo, penetró en la medrosa nube que rodea al Altísimo: «Un temblor se apoderó de su corazón, cuando sintió sobre su hombro la fría mano de Dios.»

Su misión pública encontró al principio mucha resistencia y éxito poco satisfactorio; expulsado de la Meca por los mantenedores de la idolatría existente, se refugió en Medina, ciudad en que residían muchos judíos y nestorianos; estos últimos se hicieron en seguida prosélitos suyos. Se había visto ya obligado á enviar á su hija y otros discípulos al rey de Abisinia, que era cristiano nestoriano; al cabo de seis años, sólo había hecho mil quinientos conversos; pero en tres pequeñas escaramuzas, conocidas más tarde con los pomposos nombres de batallas de Beder, de Ohud y de las Naciones, descubrió Mahoma que su argumento más convincente era la espada. Después decía con elocuencia oriental: «El Paraíso se hallará á la sombra de las espadas cruzadas.» Por una serie de operaciones militares hábilmente dirigidas, fueron derrotados sus enemigos por completo; la idolatría arábica, exterminada en absoluto, y la doctrina que él proclamaba de que «no hay más que un solo Dios», universalmente adoptada por sus paisanos, que reconocieron su apostolado.

Pasemos de largo su tempestuosa vida, y escuchemos lo que dice cuando, en el pináculo del poder y de la gloria terrenal, sentía aproximarse su fin.

Firme en su creencia de la unidad de Dios, partió de Medina en su última peregrinación á la Meca, á la cabeza de ciento catorce mil devotos, con camellos adornados con guirnaldas de flores y banderolas. Cuando llegaba cerca de la ciudad santa, pronunció la siguiente invocación: «Aquí estoy para servirte ¡oh Dios! ¡Único eres! ¡A tí sólo corresponde la adoración! ¡Tuyo sólo es el reino! ¡No hay ninguno que contigo lo divida!»

Con su propia mano ofreció los camellos en sacrificio;